

## LA ÚLTIMA MADAME BOVARY, UN NUEVO EMPEÑO DE DESAGRAVIO

Ed. y trad. Juan Bravo Castillo, Madrid, Espasa Calpe, 1993.

Ciento veinte años han transcurrido ya desde aquella primera traducción de *Madame Bovary* al español, obra del insigne Amancio Peratoner; ciento veinte años que son también de historia de la traducción de una obra maestra, que comenzó su andadura con tardanza, recelo y extrañas artes –todavía nos queda el eco de aquel primer título con el que se la presentó, ¡*Adúltera!* (*Madame Bovary*). Desde entonces y hasta hoy, pueden contarse por decenas los traductores que quisieron aventurarse en tal misión, aunque sólo muy pocos nombres han conseguido mantenerse incólumes durante un amplio espacio de tiempo (y ello por razones muy diferentes: prestigio del traductor, política editorial, etc.); citemos, por ejemplo, los trabajos de Pedro Vances para Espasa Calpe o de José Pablo Rivas (Impr. de la Vda., de H. Sanz Calleja y otras), autores que lograron mantenerse desde principios de los años veinte hasta casi nuestros días; y ya más tarde las obras de Juan Rius (Plaza & Janés), Consuelo Berges (Alianza Editorial), Julio C. Acerete (Bruguera), Carmen Martín Gaité (Oveja Negra, de Colombia, y otros), por poner los ejemplos más claros.

Cada traductor nos ha presentado una obra a su medida, a la de su particular talento y a la del tiempo en que le tocó expresarse. Si por lo general ofrecen casi todos una traducción apegada en exceso al texto original, casi literales, a excepción de la primera de ellas («traducción libremente al castellano» como explicita su propio autor), presentan también cada una de ellas una sintomatología propia de carácter sintáctico, léxico y, por supuesto, sociológico, que las hace a todas eminentemente diferentes de cara a las demás. Por utilizar un símil épico-caballeresco, son también, a su propia manera, «paladines» de un ideal, de un especial y particular modo de «hacer justicia» con su verdadera imagen de *Madame Bovary*. Si hay algo que, en principio, reclama poderosamente una siguiente traducción es, en efecto, ese empeño «generoso» de desagravio (aunque a veces lo que también se esconda es alguna otra inconfesable intención); desagravio frente a la infidelidad de una versión, frente a la incompreensión por parte del lector o por razo-

nes del mismo paso del tiempo, etc. A diferencia de lo que ocurre con el original, la vida de una traducción es siempre temporal, se muestra a expensas de su adecuación a una época o civilización, a la vida sobre todo de la lengua y del estilo en el que es vertido su contenido. Es cierto, sin embargo también, que la vida de unas –las maestras– es siempre más longeva y meritoria que la de otras.

La última *Madame Bovary* es obra de Juan Bravo Castillo. El lector y el crítico se congratulan con tan excelente resultado, fruto de una reflexión profunda en la fuente del original y de un trabajo reposado. No podría ser de otra manera frente a esta obra que se concibió en cincuenta y tres meses de escritura y en la que su autor da tanto valor al lenguaje, utiliza palabras y oraciones exclusivas que contagien la enfermedad de la realidad (Tierno Galván hablará de «enfermedad del lenguaje»). Para quien estime poco adecuado el trabajo de traductor en un filólogo, encontrará en este caso un motivo de reflexión y razones que demuestran lo infundado de las generalizaciones. Y es que estamos convencidos de que la traducción literaria, al menos en su concepción ideal, es asunto de un alma de escritor y traductor, cuánto mejor si además éste es buen filólogo. No es, sin embargo, el primer trabajo como traductor de Bravo Castillo: ya antes había mostrado sus dotes y su calidad en traducciones de Stendhal (*Rojo y Negro*, en Espasa Calpe, 1985, *La Vida de Henry Brulard* en Alfaguara, 1988), de Lévi-Strauss (*Palabra dada* en Espasa Calpe, 1984) o de diversas obritas que ha ido presentando en *Barcarola* –revista que también él dirige– de Diderot, Maupassant, Rimbaud, Prévert, Bazin, Sartre, Éluard, Laforgue, Proust, Cohen, Artaud, etc.

Esta nueva edición que nos presenta el propio traductor en la colección Austral de Espasa Calpe viene a sustituir a la que desde 1923 venía firmando para la misma casa Pedro Vances, el autor que durante más tiempo ha dado voz y palabra a este texto de Flaubert para el público hispanohablante. Sinceramente, era ya hora del relevo de esta traducción, hoy día un

tanto desfasada, que no podía en justas lides satisfacer a un lector exigente.

Dedicada «a D. Enrique Tierno Galván, flaubertiano y anterior prologuista de esta obra», la edición contiene un interesante y documentado estudio introductorio (el de la anterior también era digno de alabar) en «cuatro actos» donde el traductor y editor aporta una visión crítica de la obra, del escritor y de su tiempo, concluyendo con una selecta y actualizada bibliografía sobre las ediciones originales íntegras y estudios importantes consagrados tanto al autor como a la obra en cuestión. Un detalle significativo: a la traducción acompañan hasta ciento setenta y dos notas que hacen realmente mucho más comprensible la intención de Flaubert o la del propio traductor e introducen al lector en una vía de reflexión paralela. Poco más podría pedirse a este trabajo, si no es que además presentara una esmerada y excelente traducción, lo que también ocurre.

Desde las primeras líneas se da uno cuenta de que está ante una traducción eminentemente personal y original, libre de contagios de todas las anteriores –vicio al que con cierta asiduidad se somete, ¡se esclavizan!, muchos, debido en parte a las prisas que las editoriales imponen. El texto que ahora se nos presenta está escrito en un castellano normativo, perfectamente idóneo con la lengua de nuestra época, con una musicalidad añadida que le hace de agradable lectura. No quisiéramos entrar en la crítica de ciertos comportamientos de traducciones anteriores, como por ejemplo: el uso continuado del pronombre enclítico –del estilo: «antójoselo», «hallábase», «sentóse»...– en la traducción de Pedro Vances; la elección de muchos vocablos que hoy no serían empleados, pero que sin duda eran perfectamente adecuados en la época en la que se hizo la traducción, etc.; pero sí destacar el escaso cuidado que muchos traductores anteriores mostraron con la sintaxis, el poco escrúpulo que, en general, hubo en calcar una terminología y una sintaxis galicista: «Pensaba a las veces que aquellos días...», «Ello fue un domingo por la tarde...», «Al llegar al segundo piso se detuvo ante la cerrada puerta del granero...».

Hay en el comienzo de la obra un delicado párrafo que ha sido siempre constante trampa para traductores:

*Nous étions à l'Étude, quand le Proviseur entra, suivi d'un nouveau habillé en bourgeois et d'un garçon de classe qui portait un grand pupitre. Ceux qui dormaient se réveillèrent, et chacun se leva comme surpris dans son travail.*

Está claro que «*Nous*» implica directamente en la acción al narrador y que éste aparece sobreentendido igualmente en el «*chacun*». Pues bien, este efecto ha pasado casi siempre desapercibido para la mayoría de ellos, que terminan designando sujetos diferentes:

Estábamos en el estudio cuando entró el director, y tras él un nuevo, vestido éste de paisano, y un celador cargado con un gran pupitre. Los que estaban dormidos se despertaron y se fueron levantando como si les hubieran sorprendido en su trabajo (Consuelo Berges).

Estábamos en la sala de estudio, cuando en ella penetró el director y tras él un novato vestido a lo provinciano y un bedel con un enorme pupitre a cuestas. Despertáronse los que dormitaban, y todos, como si les sorprendieran trabajando, se pusieron en pie (Pedro Vances).

en esta traducción se pone mucho más cuidado y la cuestión se respeta:

Nos encontrábamos en la sala de estudio, cuando entró el director seguido de un «novato» con atuendo provinciano y de un bedel que traía un gran pupitre. Los que dormitaban se espabilaron, y todos nos pusimos en pie como sorprendidos en nuestro trabajo (Juan Bravo).

Éste no es más que un ejemplo entre muchos.

En una palabra y como conclusión: la última de las *Madame Bovary*, obra de Juan Bravo Castillo, es una obra meritoria y de excelente calidad; su pretendido desagravio ha sido ya intentado y ya forma parte de la historia de la traducción de este clásico a nuestra lengua. Queda tan sólo desearle, como se espera siempre de las obras más apreciadas, un éxito a su medida y una larga vida.

**ANTONIO BUENO GARCÍA**